

Opinión

Edición papel digital

La IA es una revolución ética: desarmar para construir

Gabriela Arriagada Bruneau

Profesora Inst. de Éticas Aplicadas, Inst. de Ingeniería Matemática y Computacional, PUC



No nos confundamos. *Magnifica Humanitas* no es una encíclica sobre tecnología, así como *El Señor de los Anillos*, la obra de Tolkien que el propio Papa cita, no es una simple historia de aventuras. Ambas son declaraciones sobre ética y poder. La Inteligencia Artificial no es neutral, nunca lo fue, y creer lo contrario es una ingenuidad que beneficia a quienes concentran ese poder. En la novela de Tolkien, el anillo único es la encarnación del poder absoluto, y entregárselo al villano Sauron tiene el potencial de destruirlo todo. Eso es exactamente lo que hacemos cuando aceptamos la IA sin cuestionarla: entregamos poder.

En la encíclica, el Papa León XIV afirma: “Todo artefacto técnico lleva consigo decisiones y prioridades: lo que mide, lo que ignora, lo que optimiza y el modo en que clasifica personas y situaciones”. En sentido estricto, esta idea coincide con la tesis central de quienes, desde hace años trabajamos desde una perspectiva sociotécnica de las tecnologías: sistemas atravesados por valores, decisiones y arquitecturas humanas que construyen la tecnología y son, a su vez, moldeados por ella.

León XIV retoma el “paradigma tecnocrático” (heredado de *Laudato si'*) para describir el marco ideológico que distorsiona el desarrollo de la IA. Se trata de una lógica basada en la eficiencia, el control y el lucro, un “optimismo tecnológico” que vuelve invisible todo aquello que no puede medirse ni optimizarse, me atrevo a decir: todo aquello que se siente profundamente humano. El paradigma tecnocrático envuelve a la IA, la legitima y la presenta como una realidad inevitable e ineludible, sin detenerse en los riesgos ecosistémicos y sociales que conlleva. Sin cuestionamientos, solo con consumismos.

Además, el Papa denuncia la cadena de trabajo invisible que sostiene la economía digital: el etiquetado de datos, la moderación de contenidos, la extracción de minerales o la trata de personas facilitada por plataformas. Reformula el principio de subsidiariedad, el cual sostiene que las decisiones deben tomarse en el nivel más cercano posible a las personas afectadas, y que las instancias superiores solo deben intervenir cuando las inferiores no pueden hacerlo. Esto, implica que las empresas que ejercen poder fáctico sobre comunidades enteras deben estar sujetas a exigencias regulatorias claras, donde la autorregulación resulta insuficiente e inaceptable.

Por eso, las narrativas que insisten en la necesidad y premura de “subirse al carro de la IA” pierden el foco. No basta con adoptar y declarar usos de “IA responsable” o firmar principios voluntarios. La revolución tecnológica es, ante todo, una revolución ética. Requiere regulación robusta y exige prudencia: la capacidad de detenerse, preguntar y negarse a aceptar como inevitable lo que, en realidad, siempre ha sido una elección que sigue siendo humana. Acudiendo al llamado del Papa: está en nuestras manos “desarmar” el tecno-optimismo que empuja a la IA, para repensar y reconstruir el futuro desde y para el bien común.